

SE BUSCA



VIVA O MUERTA

99
Soyf
Diva 2

Títulos de los que se habla

La temporada madrileña no ha podido empezar peor. Aparecieron en cartel algunas comedias bien escritas, representativas del tono medio de un buen teatro artesanal y evasivo, pero faltaron los dramas de nuestra realidad. El estreno de la obra de Antonio Gala, «Los buenos días perdidos», fue un paso hacia delante y trajo lo que no alcanzó a traer «La jaula» —demasiado abstracta dentro de su decoro literario y de su buena fe—, ni mucho menos el último premio de Lope de Vega.

Ahora se habla de una serie de títulos cuya presencia dará —o daría— a la vida teatral madrileña una mayor entidad. No me refiero a ese «Sócrates», de Llovet-Marsillach, de presencia cierta e inminente, sino a otros espectáculos con cita más insegura, al

menos en alguno de los casos. Hablo del montaje de «Don Juan», de Brecht, adaptado al castellano por Jorge Díaz, que tiene ya a punto la Ruiz de Alarcón y su director, Angel García Moreno, y que puede ser, en manos de un grupo de gente joven, un espectáculo que anime las jornadas novembrinas de Tenorios. Hablo también de «La cocina», la excelente y ya clásica obra de Wesker, que José Luis Alonso quiere montar desde hace tiempo y cuyos ensayos parecen inminentes. Hablo de «El señor Puntilla y su criado Mat-

ti», de Brecht, en versión de Lauro Olmo, que debe dirigir Claudio Guerin... Hablo de «La muerte de Danton», de Büchner, en la que está trabajando González Vergel en el Español.

¿Cuándo van a llegar estos títulos? Unos están supeditados a los mecanismos de los teatros nacionales. Otros dependen de las empresas privadas. El caso es que si, realmente, son obras que han resuelto sus problemas de censura y tienen detrás un equipo interesado en montarlas, es ridículo que no aparezcan lo antes posible en los escenarios.

Mientras, en Barcelona, sólo «Los secuestrados de Altona», de Sartre, y un excelente montaje de Alberto Miralles de «Tiempo de 98», en el Capsa, rompen la aún más agobiante mediocridad de la cartelera.

¿Qué pasa en el teatro español? Porque el panorama de lo que hay en cartel es aún peor que en años anteriores. ■ J. M.



Goldoni-Guerrero Zamora

La famosa obra de Goldoni «La posadera» se ha convertido, a través de la muy libre versión de Juan Guerrero Zamora, en «Mirandolina» hace en su posada lo que le da la gana», calificada de «festejo popular con bailes y muchas canciones».

La verdad es que el valor de Goldoni en la historia del teatro moderno ha invitado a más de uno al montaje intelectualista. Recordemos, por ejemplo, el excelente y complicado Goldoni que vimos en el último Festival de Madrid, ya va para un año. Guerrero Zamora ha seguido otro camino, y en vez de esforzarse en enseñar lo que Goldoni supuso de avance frente a la comedia del arte, se ha planteado decididamente un espectáculo claro y divertido, incorporando una serie de canciones populares que justifican la entrecuillada calificación con que se ha presentado ante el público.

Las canciones son, a veces, bien conocidas, como es el caso de la famosa «Bella Ciao», que aparece en el primer acto y se repite al final. Sólo que, tanto en este caso como en los demás, las letras no son las originarias, sino las que ha inventado el propio Guerrero Zamora para hilvanarlas en la acción. Si decimos que se oyen hasta veintidós de estas canciones populares, interpretadas por guitarras, clarinete y flauta, el lector comprenderá hasta qué punto se ha roto el ritmo y la estructura teatral del texto de Goldoni para crear ese «festejo popular».

Naturalmente, la versión tiende, en lo que pudiéramos llamar orden ideológico, hacia

una meta determinada. Guerrero Zamora define su posición con una frase un tanto grandilocuente: «El Mediterráneo es una actitud política». Aunque, bien mirado, su puesta en escena y el espíritu de la obra justifican este tipo de afirmación, ya que se trata de exaltar un tipo de alegría, de libertad y de sensualismo que bien puede sobrentenderse bajo el término Mediterráneo. La claridad, la blancura, del decorado —armado fundamentalmente con sábanas, como hizo años atrás creo que Visconti en una puesta en escena de «La posadera», de Goldoni—, responden al mismo principio. Se trata de burlarse de una serie de tipos sociales más o menos hinchados, y exaltar la espontaneidad, la sencillez y el humor de gentes como Mirandolina. La luz blanca ayuda a descubrir las imposturas y el festejo acaba siendo popular no sólo porque canten y bailen, sino porque defiende una actitud vital y jocosamen-

geniosa, precisa en tiempos y espacios, en función de un equipo de actores jóvenes, capaces de realizar los más diversos menesteres expresivos. Ese equipo existe y se mueve muy bien en torno a Carlos Lemos y Luis Torner, intérpretes de dos aristócratas fatuos, enamorados de Mirandolina. Puede incluso hablarse de un verdadero coro, que no sólo canta, sino que se encarga de los cambios de «atrezzo», de crear una espectacularidad plástica en constante movimiento. Terele Pávez, con una gracia llena de talento, comparte con Encarna Chimeno la interpretación de las dos falsas aristócratas. Ramón Corró, el «puritano ambiguo», Modesto Fernández y Manuel de Benito completan el reparto de personajes, sin contar, claro está, a Nuria Torray, la Mirandolina del espectáculo.

Que Nuria Torray tiene una excelente voz teatral lo sabemos desde su «Irma la Dulce». Que, además, es una



Nuria Torray, una pícaro posadera.

buena actriz lo ha probado a menudo. Las dos cosas la valen para ofrecer una posadera llena de picardía, muy «orgánicamente» metida en las intenciones de la versión y del montaje.

Una obra de estas características necesita una puesta en escena in-

buena actriz lo ha probado a menudo. Las dos cosas la valen para ofrecer una posadera llena de picardía, muy «orgánicamente» metida en las intenciones de la versión y del montaje.